

MARTÍN FIERRO

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *❖* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS



“TRES CORONAS”



HABANOS

2

G. San Germier

POR CINCO PESOS *↘*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *❖* BUENOS AIRES

3

AGENCIA RISSO

ESMERALDA y CANGALLO

* BUENOS AIRES *

4

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

—* BUENOS AIRES *

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

15

Pinturería y Ferreteria del Comercio
POR MAYOR Y MENOR
DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferreteria, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinluras, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

6

LOS OBREROS Casa fundada * en 1864 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTICULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

7

SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoracion, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: F. Parada.

735 - CALLE DEFENSA - 735

14

A. Franchi & Cia.



Calle CUYO, 1121

Introduutores

DE
Máquinas

de Coser

Velocipedos
y **Armas**

DE
Todas Clases

Agentes de la acreditada máquina de coser

“SINGER”

8

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 497

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 17 DE MARZO DE 1904

NÚM. 3

LA MORAL POR EL EJEMPLO



--¡...Mi hijo!

--¡ Mi padre!...

Lun overo rosao.
Flete nuevo y parejito,
Caia al pago, al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao,
De apelativo *Laguna*:
Mozo ginetazo ¡Ahijuna!
Como creco que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecia
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
A la rienda obedecia,
De suerte, que se creeria
No ser solo arrocinao,
Sino tambien del recaio
De alguna moza pueblera:
¡Ah Cristo! ¡quién lo tuviera!
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo
La plata que era un primor;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuela, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traia el hombre un Potosi:
¡Qué!... Si traia para mí,
Hasta de plata las bolas!

En fin:—como iba á contar,
Laguna al rio llegó,
Contra una toasca se apió
Y empezó á desensillar.
En esto dentro á orejjar
Y á resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Mas allá contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano
—¡Vaya ZÁFIRO! ¡qué es eso?
Y le acarició el pescuezo
Con la palma de la mano.
Un relincho soberano
Pegó el overo que via,
A un paisano que salia
De la agua en un colorao,
Que al mismo overo rosao
Nada le demerecía.

Cuando el flete relincho,
Media güelta dió Laguna
Y ya pegó el grito:—¡Ahijuna!
¿No es el pollo?

—Pollo nó.

Ese tiempo se pasó,
(Contestó el otro paisano)
Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las puas como anzuelo,
Y á quien ya le niega el suelo
Hasta el mas remoto grano.

Se apió el pollo y se pegaron
Tal abrazo con Laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron.

Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimiao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,

Visto que la refregaba
En la crin del colorao.
—Velay, tienda el cojinillo
Don Laguna y siéntese,
Y un ratito aguardeme
Mientras maneo el potrillo:
Vaya armando un cigarrillo
Si es que el vicio no ha olvidao;
Ahi tiene contra el recaio
Cuchillo, papel y un naco:
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

—Vaya amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?
—Déjelo á mi parejero
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
Mi cuñao se desmayó;
A los tres dias volví
Del insulto y crea amigo,
Peligra lo que le digo:
¡El flete ni se movió!

—¡Bien aiga gauchó embustero!
¿Sabe que no me esperaba
Que soltase una *guayaba*
De ese tamaño aparceró?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseñao,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,
El fin del mundo por cierto,
Me lo encuentra allí parao.
—Vean como le buscó
La güelta... ¡bien aiga el pollo!
Siempre larga todo el rollo
Ñe su lazo....

— ¡cómo no!

¿O se ha figurao que yo
Asina nomas la trago?
¡Hágase cargo!....
—Ya me hago....

—Prioste el juego...
—Tomeló.

—Y aura, le pregunto yo:
¿Qué anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
Que he bajao á la ciudad;
Pues tengo necesidad
De ver si cobro una lana;
Pero me andan con *mañana*
Y no hay plata y venga luego,
Hoy nomas cuasi le pego
En las aspas con la argolla
A un gringo, que aunque es de embrolla
Ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
Andan matreros los cobres,
—Vamos á morir de pobres
Los paisanos de esta tierra.
Yo cuasi he gaaño la sierra
De puro desesperao....
—Yo me encuentro tan cortac,
Que á veces se me hace cierto,
Que hasta ando jediendo á muerto....
—Pues yo me hayo hasta *empeñao*.

—¡Vaya un lamentarse! ¡ahijuna!...
Y eso es de vicio aparceró:
A usté lo ha hecho su ternero
La vaca de la fortuna.

Y no llöre Don Laguna,
No me lo castigue Dios:
Sinó comparemoslós
Mis tientos con su chapiao
Y asi en limpio habrá quedao,
El mas pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
Este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía....
—Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané á un jugador
Que vino á echarla de *güeno*,
Primero le gané el freno
Con riendas y cabezadas
Y en otras cuantas jugadas
Perdió el hombre hasta lo ageno.

¿Y sabe lo que decia
Cuando se via en la mala?
El que me ha pelao la chala
Debe tener brujería.
A la cuenta creeria
Que el Diablo y yo....

— ¡Callesé

Amigo! ¿no sabe usté
Que la otra noche lo he visto
Al demonio?

— ¡Jesucristo!

—Hace bien santiguese.

— ¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
Pero no importa, le ruego
Que me dentre á relatar
El cómo llegó á topar
Con el malo, ¡Virgen Santa!
Solo el pensarlo me espanta....
—Güeno, le voy á contar,
Pero antes voy á buscar
Con que mojar la garganta.
El Pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao

Laguna al agua dentro.
Todo el baño que le dió,
Fué dentrada por salida
Y á la toasca consabida
Don Laguna se volvió.
Ande á Don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo cuñao,
Y váyase haciendo cargo,
Que puede ser mas que largo
El cuento que le he ofertao.
Desmané el colorao,
Desate su maniator,
Y en ancas, haga el favor
De acollararlos....

Al grito.

¿Es manso el coloradito?
— ¡Ese es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos....
—Dele un beso á esa ginebra:
Yo le hice sonar de una hebra
Lo ménos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usté,
Capaz de prenderselé
A una pipa de lejía... .

—Hubo un tiempo en que solía... .

—Vaya amigo, larguesé.

I

Cuando él iba muy borracho, como esa noche, ella lo desnudaba. Le sacaba la ropa á tirones y rezongando. Después ya con su hombre en casa, acostada á su lado, la pobre muchacha rememoraba el pasado.

Lo había conocido una noche en el harem popular donde ella hacía de odalisca. Llegó solo, en momentos que un bárbaro la golpeaba con el aplauso de un grupo de compañeros. ¡No podía olvidar la escena aquella! El se paró ante el grupo, lanzó un reto audaz al agresor y la escudó con su cuerpo. Hubo lucha. Apesar de su audacia no pudo imponerse sin esfuerzo. Le vieron solo y creyeron fácil dominarle. Era pequeño de cuerpo y sin exterioridades que le hicieran aparecer temible, pero resultó que el alfeñique aquél tenía músculos de acero y un valor personal que excedía á toda ponderación. Atropelló con tal ímpetu que la pandilla se vió arrollada en el primer instante. En medio del tumulto, á traición, le hirieron. Cayó con la cabeza rota. Se levantó, sintiéndose herido, bañó sus manos en la sangre que le cubría la cara y, ciego de coraje, azotó con ellas.

Lo evocaba así siempre, lleno de sangre, activo, loco, arremetiendo contra el montón de cobardes, defendiéndola como un héroe, cayendo y levantándose con más brío cada vez, hasta poner en fuga á la pandilla.

Esa noche se había quedado. Ella, temblando le lavó la herida y le dio muchos besos. El se reía de su hazaña como si se tratara de algo que no debiera extrañar á nadie. Esto le daba ante los ojos de ella mayor realce y hacía que su figura creciera en su imaginación.

Por la mañana, cuando quiso irse, ella le pidió que volviera pronto. El se lo prometió. Pasaron días. ¡Cómo sufrió durante la espera! No se perdonaba el no haber averiguado su nombre. ¡Y pensar que no se le había ocurrido siquiera preguntarle donde vivía! ¡Qué bruta era! ¡Le había tratado casi como á los demás, como á uno de tantos, sin darle, quizás, más de lo que diera á otros! ¡No podía perdonárselo, no se lo perdonaría nunca!

Cuando él volvió, al cabo de muchas noches, ella experimentó la más grande de las alegrías á que podía aspirar en su cautiverio.

Tuvo su nombre y su dirección. ¿Por qué no había de dárselos? ¿Qué mal podía traerle aquello? Nada más natural que ella supiera quién era y adónde vivía. El no se resistió. En realidad le halagaba el interés que ella demostraba por su persona.

Después, el harem popular fué teatro de un verdadero idilio.

—No te creo, solía decir él.

—Tampoco yo, en tu caso, creería. Pero es así. ¿Por qué no hemos de querer *nosotras* también? Y más que ellas, porque hemos sufrido más.

—Pero ¿por qué te emborrachas? No quiero verte así, ¿sabes?—le dijo una noche. Y la pobre muchacha, la asilada de prostíbulo, le dió consejos morales.

—Si no me emborrachara, no vendría á verte—contestó él sombrío.—Escucha, ¿quieres salir de aquí? Quieres que yo te lleve?—agregó después dulcificando el gesto.

Ella nada dijo, quedando como abatida. Esperaba, más bien dicho presentía aquello, pero no tan pronto, tan de improviso. El placer que le causara la proposición, se

exteriorizó en sus facciones de una manera extraña. Tal como si un dolor la hubiera anonadado.

El, sin comprenderla, se exasperó.

Si no quisiera, bueno; ¡quédate en la cloaca! Al fin y al cabo....

Sin dejarle terminar la frase ella se echó á su cuello. Lloraba á mares. Sobre el pecho del hombre se deshizo en lágrimas.

Al día siguiente se marchaban juntos, bajo la mirada infame del ruñán que murmuraba contra él.

*

Muchos buenos y malos días transcurrieron.

El trabajaba para sostener la casa, pero de noche regresaba borracho.

Y los consejos y las súplicas de ella resultaban inútiles. Era bueno pero no la atendía. Y su naturaleza degeneraba por horas.

—¡Qué hacer!—decía ella cuando él iba muy borracho, como esa noche. Y se pasaba en vela rememorando el pasado.

II

Al día siguiente tenía formada su resolución.

Mientras almorzaba se paró frente á él y le dijo muy seria:

—Si otra noche vuelves así, yo me voy, ¡te lo juro!

Era tan enérgico el tono, tan resuelto el ademán de ella, que él la miró asombrado.

—¿Te vas? ¡te vas? ¿Y á dónde? Iba á echarla en cara su proceder, pero se detuvo.

—Bueno, si no quieres, me dejas; ¡volveré á la cloaca! al fin y al cabo....

Fué como un tiro. No se le había ocurrido que pudiera suceder eso. ¡Volver allí, ella! ¿Y por qué no si había estado tanto tiempo?...

Sin terminar de almorzar se fué al trabajo. Ella le esperó como siempre.

Llegó la noche y él no quiso salir.

Así una semana.

No había duda. Ella lo regeneraba.

III

Una tarde, la tarde de un día de fiesta, charlaban amablemente sobre la vida futura. Vivían tranquilos porque él ya no se emborrachaba. De pronto ella se acordó de sus padres y se le nublaron los ojos. Todavía había en ellos mucha tristeza. Cuando estos recuerdos la asaltaban, él permanecía mudo. Temía interrumpirla con alguna observación banal.

—¡No lo veré más! dijo ella.

—¿Quién te lo impide? dijo él.

—¿Quieres saber una cosa?—Y se levantó.—Tómate y lee.

La carta empezaba así: “No creemos en lo que nos dices; tú has muerto para nosotros. No te acuerdes que tienes padres. No reconoceremos jamás a una perdida como tú...”

No continuó.

Iba á romper la carta, colérico. Ella le cogió por el brazo.

—¿Qué quieres! dijo. Tampoco tú creías. Acuédate...



PARECÍA resplandecer en su mirada una reverberación de ensueños luminosos, mientras la palabra fluía de sus labios con sinceridad dominadora. Oyéndole, sentíanse más varoniles sus amigos. Y pendían de sus sentencias, como discípulos deslumbrados ante un maestro que discurre en lenguaje poblado de raras ideologías, en lenguaje esmaltado con imágenes vividas y desconocidas, martillando un estilo sonoro y nuevo. Nuevo, no ya de palabras, nuevo de esencia, nuevo de interpretaciones; preludiando, acaso, inesperadas transmutaciones de los valores morales. Tal era el filósofo. Hablando apostolizaba.

—Necesitamos tonificar el carácter. Sea con nosotros la serenidad estoica de Zenón, y el amor al cinismo de Antístenes, y la mordaz sonrisa de Aulo Persio. Sea verdad nuestra palabra. Verdad para con nuestros semejantes. Verdad para con nosotros mismos. Debemos decirlo. Sabremos oírlo. ¡Por el surco de la verdad llegaremos a la disciplina del carácter!

Al terminar su elocución hubo entre los presentes una profunda pausa de silencio. Una pausa profunda y breve.

—¡Magnífica ideal! ¡Digna empresa! murmuraron, por fin, los tres amigos de Martín Fierro. Pero había en sus voces una indecisa tremulación, reveladora de incóñfitesables incertidumbres.

—¡La realidad empuja preguntas, Martín, tranquilízate si al mismo pero inseguro de sus interlocutores.

—Sin duda! respondieron: Es de necesidad para cuantos espíritus aspiran a una ética superior. Así aprenderemos a decir la verdad y a escucharla, sin reticentes ambages, sin púdicos velos... Vamos a la verdad, pues; realicemos una severa disciplina del carácter....

Rápido fué el acuerdo verbal y breve la organización de la academia. Reuniríanse los cuatro en la propia casa de Fierro, en torno de su mesa y a la hora de la cena. Allí podría, cada comensal, decir a los otros cuantas verdades acerca de ellos supiese.

—Será la cita a las 8, propuso Martín.

—A las 8, lamentando no pueda ser antes; agregaron los amigos.

Y, mientras se retiraban, oyó el filósofo que el más serio de los tres decía a los demás:

—Sí, ante todo la verdad para con nosotros mismos....

—Y la disciplina del carácter!.... confirmaron los otros, con voz de juramento.

Comenzaba la noche a volcar su negrura sobre el crepúsculo.

Ocultando su insolencia despreocupada, avanzó, con tímido paso, un mensajero hacia el filósofo. Con mano exánge y sucia tendió a Martín una carta: el sobre, de un lila lujoso, ornábase con monograma estampado sobre oropel y contenía un pliego perfumado.

—.... encontré a mi señora enferma, y me será imposible acompañaros en esta reunión...."

—¡Lastima grande!—exclamó al terminar la lectura—este amigo de la verdad vé obstado el mejor de sus placeres; como sufrirá él, infatigable perseguidor de la verdad....

En esas reflexiones empleaba su tiempo cuando llegósele un vecino alargándole dos cartas.

.... un grave asunto de negocios me impone partir esta noche...."

—¡Miserias de la vida humana! He aquí un noble espíritu privado de los más puros goces del intelecto y esclavizado por la tiranía del interés material. Y así diciendo desdobló la tercera epístola:

—....mi inexorable perseguidora, la jaqueca, tiéname preso, privándome del placer....

Imputando al destino la coincidencia, resignose Martín a no filosofar esa noche. Y como era bueno de conducta y honesto de intenciones, no sospechó que sus tres amigos hubiesen mentido para eludir el compromiso de pronunciar y escuchar la verdad. Cenó á solas con sus frugales manjares, sazónándolos con entrecobados de rumiación metafísica; relejó después algunas páginas de ética transcendental, durmiéndose en la paz serenisima de su alma tranquila, no sin pensar, antes, en la necesidad de disciplinar el carácter.

Guardáronse de visitarle sus tres amigos. Transcurridos algunos días reparó Martín Fierro que demasiado prolongábase la enfermedad de la esposa, a la vez que los negocios del otro tomaban un giro harto funesto, mientras la jaqueca reinaba sin intermitencias en el cerebro perseguido: la ausencia de sus habituales contentillos excedía todas las presunciones de la primera hora.

Resolvió inquirir la verdad. En breve supo todo lo que no había querido suponer. Los tres amigos habían mentido para excusarse de concurrir á la inauguración de su academia de la verdad....

Aunque malferido en su ingenuidad filosófica, el buen Martín no convirtió en rencor tanta infidencia. Resolvió buscar á sus tres amigos, no desesperando de encaminarles, nuevamente, por el metafísico sendero de la verdad.

Ellos huan del filósofo, como de un castigo; espantábase su propósito de obligarles á decir y escuchar la verdad. Más él no cejaba en su proyecto de someterlos á la suprema gimnasia moral que les llevaría á la disciplina del carácter. Perseguales infatigablemente.

Fastidiados por su insistencia, los tres amigos ocurrieron al Tribunal de la Sociedad, caótico contubernio de cómicos y frailes, proxenetas y obreros, invertidos, agentes electorales, comerciantes, médicos, militares y otras personas no menos distinguidas, denunciando á Fierro como delincuente peligroso.

Fué arrestado.

Parecía benévolo el Tribunal; ya fuera costumbre la de absolver sin reservas á los criminales, ya fuera un incomprendible deseo de salvar al filósofo.

Los tres acusadores decidieron mentir una vez más, ocultando la verdadera causa de su acusación. Esgrimieron, en cambio, la calumnia.

—Es intrigante y maldiciente, dijo el primer acusador....

Un cómico se levantó de entre la masa; muerqueando ignominiosamente, apresuróse á justificar ese insignificante pedacillo, demostrando conocido de cerea en sus más refinadas complicaciones.

—Engaña á los crédulos, vive sin trabajar, convierte en oro las lágrimas de sus víctimas....

Con intrincadas citas de los Evangelios y de los Santos Padres defendió un sacerdote católico, aplacando la indignación naciente. Un proxeneta agregó breves pero oportunas palabras, justificando el parasitismo.

—Es sucio, ama el látigo, vive en la ignorancia....

Un vaho mal oliente anunció que se ponía de pie un obrero, demostrando que esas no eran culpas sino blasones de honor; acompañó su nenia con ademanes desordenados, antitesis del bello gesto.

Agotada su inventiva, el primer acusador guiñó el ojo á su vecino, cediéndole el uso de la palabra. Dijo el segundo, ahuecando la voz siniestramente:

—Ha prostituido su cuerpo y su conciencia....

Con dudosa masculinidad gimló la voz de un invertido, para demostrar que no es pecado el "pecado ruidoso", teniendo cada ciudadano el derecho de hacer de su cuerpo un pito....Y también de su conciencia interrumpió, con alarido de discurso populachero, el agente electoral.—(Martín Fierro pensó: lo uno es lo mismo que lo otro).

—Este hombre ha robado....

Le defendió un representante del comercio. Elocuentemente.

—Es un asesino.... tronó lúgubramente la voz, quemando el último cartucho.

En términos hipercientíficos disertó un eminente médico, defendiendo el asesinato con más elocuencia que el mismísimo De Quincey. Dada la importancia de esta acusación intervino, á pedido general, un distinguido militar, condecorado por su bizarría en numerosas acciones de guerra.

Todo convergía á la salvación de Martín Fierro. Nadie osaba condenar. Una vez más: quien de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra....

El tercer acusador, sugestionado por la lenidad del Tribunal ó indignado por las calumnias excesivas de sus amigos, sintió que en su alma serpenteaba el remordimiento. Resolvió confesar la verdad de lo ocurrido, salvando así al filósofo.

Señores miembros de la Sociedad: Este hombre jamás cometió ninguno de cuantos delitos se le imputan. Se ha limitado á pretender que todos los hombres dijeran la verdad y se dispusieran á oírlo....

—¡A muerte! clamó el Tribunal.—¡Muerte al infame! ¡La guillotina! ¡a muerte el enemigo de la Sociedad! ¡la cruz para el destructor de la moral! ¡a muerte!....

No se oyó una sola voz en su defensa.

Marchando al banquillo pensó Martín Fierro:

—Ni la calumnia mata, ni se muere por ella. Mata la verdad; y solo por decirlo se muere.

Y volviéndose á la selecta concurrencia invitada para asistir á su ejecución, dijo estoicamente esta moraleja:

—Engaña, explota, despoja, envilece, ignora, prostitúyete, roba, mata,.... todo te será perdonado. Pero, no lo olvides, porque es el precio de tu vida: no digas la verdad....

ELECTORALES



- ¿Qué venden esos hombres, papá?
- Sus conciencias, sus votos, sus libretas cívicas...
- ¿De todo, como en las ferias francas?
- No hijita, allí lo que se vende es bueno y más ó menos barato; aquí todo es de lo último, y cuanto peor es más se paga.

CARICATURAS POLÍTICAS

EL PROHOMBRE

EL JEFE

CUANDO ocurre algún accidente en la vía pública, la gente se amontona a ver lo que sucede; los que van de paseo se acercan a mirar por sobre los hombros de los que ya están; pero suele presentarse algún osado que aparta á los curiosos, penetra hasta el centro del grupo y dispone y manda. Todos le han hecho lugar sin saber por qué, creyéndolo autoridad ó con algún título para meterse; pero no, resulta que es simplemente un hombre decidido, un hombre audaz, con condiciones de carácter para ser el primero.

Así se forma el jefe de partido, haciendo á un lado á los demás con atrevimiento para colocarse él.

La grandeza viene en seguida de suyo; es inherente al primer puesto; es la altura del que se coloca más alto. Desde que uno es el primero, los demás son secundarios. Si hay uno que se pone encima, los otros quedan debajo. Los reyes son grandes porque los miramos de rodillas, decía Mirabeau. Desde que hay uno que se hace jefe los demás se le achican con su acatamiento. Acatar es agacharse, en este caso.

Aparte de esto, el jefe suele ser un hombre superior, de vuelo intelectual, un carácter extraordinario, un espíritu enérgico, pero siempre es un vicioso de la política, un individuo que se ha hecho á la sensualidad del mando por amor á las prerrogativas, homenajes, adulaciones, goce, embriagueces morales de su alta posición. No tiene nada que darle á su país, porque después de los primeros esfuerzos para subir se ha esterilizado. Si ocupa algún puesto público deja obrar á la rutina. Tiene la inercia del satisfecho, del que todo lo puede, y sólo se agita cuando tratan de disminuir su influencia. Vale menos que al principio, pero es más grande. Tuvo inspiraciones para subir; pero su inteligencia se obscecó de girar alrededor de los intereses de su círculo.

Puede distinguirse al jefe en medio de sus adictos por el imperio solemne de su palabra y la solícita atención de sus oyentes. El siempre tiene razón, nadie se la discute, ni admitiría no tenerla. Si no se trata de asuntos graves, si solamente conversan por entretenimiento, todo lo que él dice parece gracioso ó admirable á los demás; siempre lo celebran.

Es el Dios de sus fieles. Se deja venerar y quemar incienso, y que trabaje el espíritu del creyente.

Es uno de los que se agacha menos ante el jefe, porque él también pretende que tiene talento y otras dotes, y que es muy capaz de hacerle daño si se ofrece. Además ya ha ocupado muchas veces altos puestos; se basta á sí mismo; no tiene porque andar mendigando. A su tiempo pasó por las horcas caudinas.

Sin embargo, es disciplinado; toma la consigna cuando lo llevan á un ministerio ó al parlamento; pero como cuida un tanto su personalidad, suele pegar la patada si se trata de comprometerlo.

EL CANDIDATO

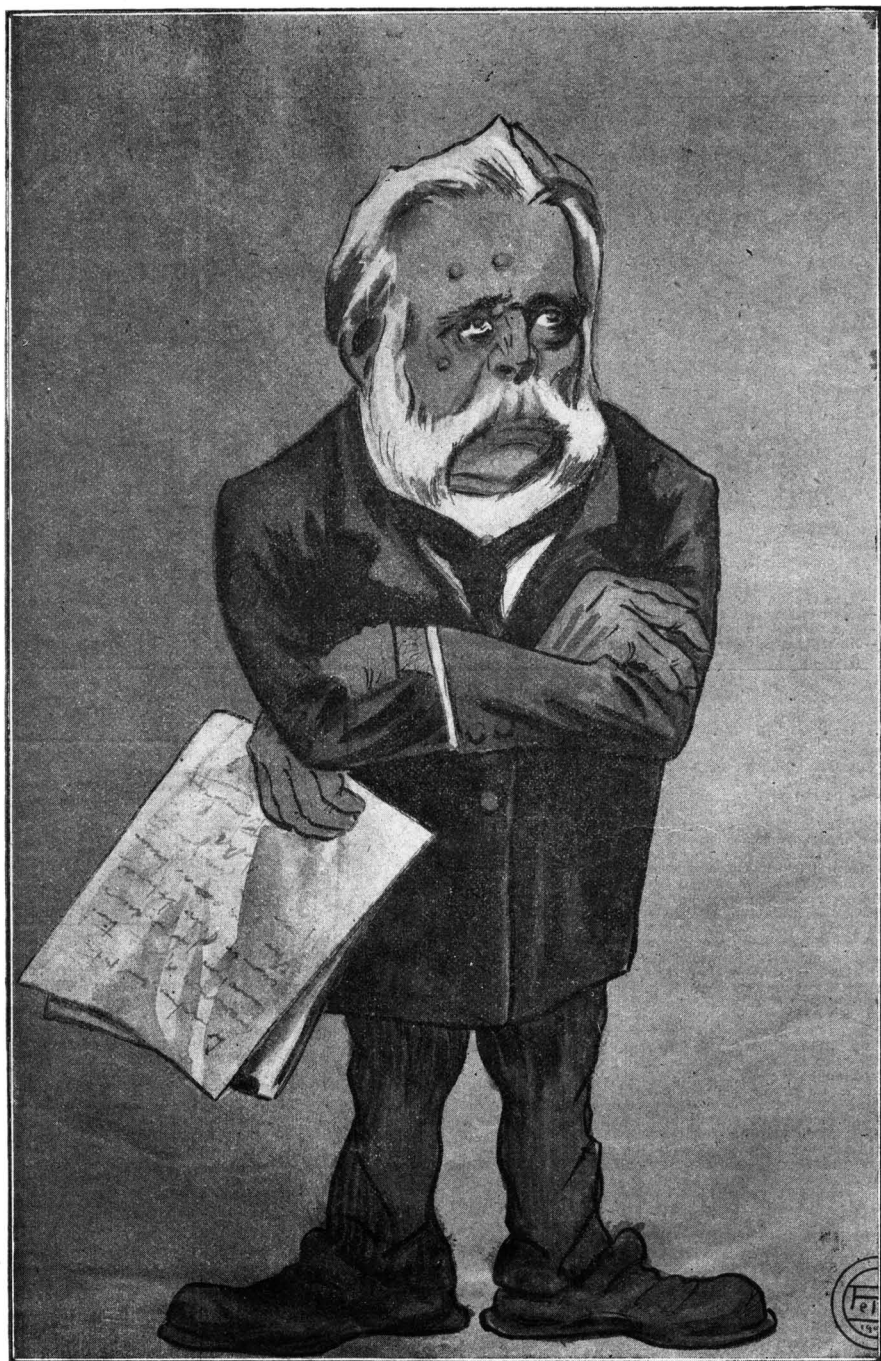
Es capaz de entrar por el aro del diablo. Ha dejado de ser adolescente, ha sufrido sin descanso esta transición del candor á la malicia y se dispone á hacer carrera; conoce todos los manejos para prosperar y no le repugnan; tiene temperamento para figurar.

Es medianamente inteligente, capaz de escribir un brulote y de pronunciar un discurso estudiado. Si consigue una banca sabe la consigna sin que se la den: ser obstructionista cuando gobierna el adversario; estar por la afirmativa si es de la mayoría.

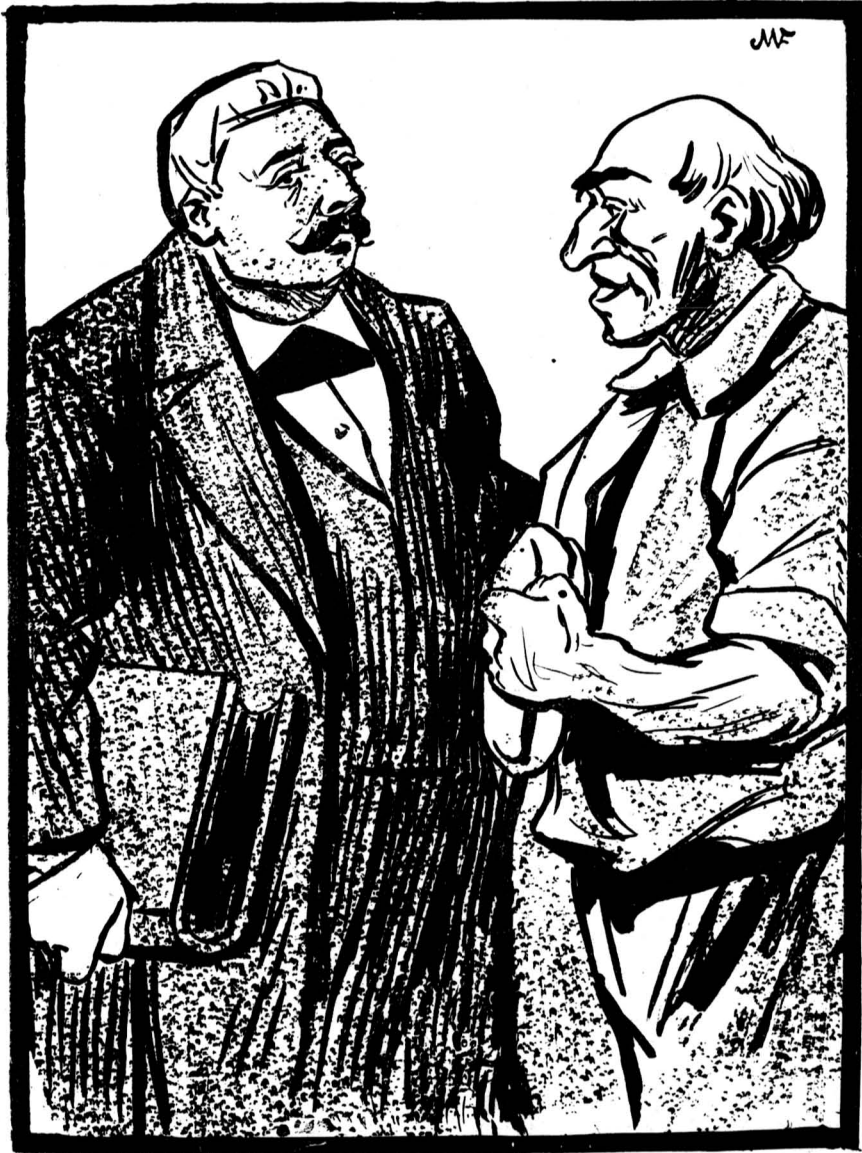
EL FIGURÓN

Es un personaje que ha recibido la vida gratis, con algo encima todavía: una rica herencia. Nada ha tenido que ganar, ni que hacer. Seguro su porvenir, no ha necesitado aprender mucho, ¿para qué? él es feliz dentro de sus grandes recursos y de sus grandes alcances. Como no necesita de nadie, tiene el aplomo que da una base firme, ese yo ampuloso, superlativo, que da la independencia. Está envanecido de su hazaña de ser honrado. Es un tipo decorativo de que se sirven los partidos para prestigiar las instituciones que necesitan con fianza pública, sobre todo después de haber habido roedores adentro. Es un gato que se le hecha á los mineros cuando ya se han comido el queso, porque, en materia administrativa, no se prevé, se enmienda.

Como el figurón siente el vacío de su insignificancia en medio de su riqueza, le gusta ocupar puestos públicos, y los partidos en lucha le venden esta perspectiva por fuertes cuotas para la caja electoral. Si triunfan le dan una posición pasiva; y el figurón, que no sirve para nada, cree que está allí sirviendo al país.



POSTALES DE DON BERNARDO: «BERNARDO DE IRIGOYEN, SALUDA A VD. ATENTAMENTE...»



—Bueno, patrón; llevo 20 años de trabajo en su casa; ¡estoy muy viejo y no puedo más!

—Bueno, Juan. Has sido un excelente obrero, conservaré los mejores recuerdos de tí, vamos á arreglar cuentas. Veremos cuantas horas has faltado esta quincena...

UN ALZAO

Soy de los correntinos, es cierto. Yo vine en un grupo como de cincuenta. Nos embarcaron de balde, diciéndonos que íbamos para la gran capital donde nos pagarían una barbaridad por un trabajo de nada. Yo, á la verdad, dije bueno, primero porque estaba cansado de la vida perra que hacemos, allá en el campo, nosotros los pobres criollos. Y después, también, porque me gustaba salir á conocer lo que pasaba por estos mundos tan lindos al parecer.

Francamente, la cara del gringo que nos contrataba no era como para dar confianza á nadie, pero como yo sabía que el hábito no hace al monje, y como también conozco caras de angelitos capaces de matar á la madre; y como sé otras muchas cosas que ahora me callo porque quiero, me embarqué no más, largándome con viento fresco para caer aquí, á esta gran ciudad, donde ustedes me tienen más embromado que nunca, y rabiando como una víbora porque nos han engañado, mareándonos como á perdecies.

Imajinense que nos dijeron que veníamos para un trabajo muy liviano, muy fácil, y que nos pagarían lo que quisieramos porque aquí no había gente desocupada. Y bueno. Llegamos y—¿qué se creen ustedes? nos cargaron con bolsas de setenta kilos, mesmito como á burros, y vean, no es mentira, yo estoy medio deslomado, tengo las carnes reventadas y casi no puedo moverme. El primer día trabajamos once horas. Como no estábamos acostumbrados á este trabajo, cargabamos mal las bolsas y los capataces nos retaban. ¡Jué pucha! ¡que estrilo! Y lo pior de todo es que enseñuida no más supimos que nos habían traído para que reemplazáramos á otros trabajado-

res alzados en huelga porque tenían sus motivos. Después, uno de ellos, más ladino que un loro enseñado, nos hizo ver que nosotros no debíamos seguir en los buques porque perjudicabamos la causa de todos. Al principio no le hicimos caso, pero al día siguiente volvió y, como el hombre era simpático y sabía hablar lindo, algunos le escuchamos. Entonces un capataz quiso echarlo. El le contestó de mala gana y se tomaron en palabras. Después vino la policía y se lo quiso llevar. Fué cuando

nos indignamos porque el hombre no había hecho nada malo, según nosotros; sino decir sus ideas. Y eso no se le puede prohibir á nadie que yo sepa. Pero se lo llevaron no más sin dar razones y balaqueando sobre no se qué clase de libertades...

En el primer momento me dió risa más bien, pero en seguida se me subió la vergüenza á la cara y dije fuerte que el extranjero estaba en su derecho y que era un abuso tratarlo así aunque no fuera del país.

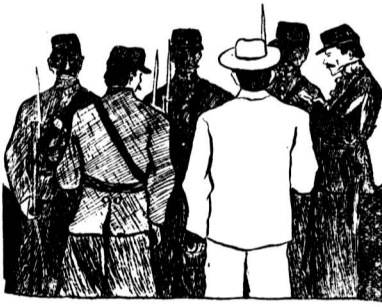
Y aura van á ver cosa linda. El mismo capataz ó patrón, yo no sé, me amenazó también con la policía y dijo que con todos harían lo mismo si nos descuidabamos... ¿Saben ustedes lo que hice yo entonces? Pues ahí no más me bajé la manga de la camiseta, me le paré frente á frente y, lleno de corage, le grité cuatro verdades, dejé el trabajo y me largué á la calle pensando, más que nunca, en que el extranjero tenía razón y que el vigilante que lo llevaba era también algun otro pobre diablo, algun otro pobre correntino engañado, como nosotros con el trabajo, con el uniforme y la lata...

JUAN PUEBLO.



PROBLEMA

Dos vendedores de la popular revista MARTIN FIERRO son sorprendidos en este diálogo: Juan le dice á Pedro, si tú me das una revista tendré tantas como tú. Contéstale Pedro: si tú me das una á mi tendré el doble de las tuyas.—Se pregunta cuantos números de MARTIN FIERRO llevaba Juan y cuantos Pedro. El autor de la solución que llegue primero á las oficinas de MARTIN FIERRO, Lima 487, recibirá gratis la revista durante un trimestre,



Sintió, de pronto, pasos a lo lejos
Adentro de la sombra. Eran de un grupo
De hombres callados que hacia él venían,
Y el tranco en orden y a compás movían...
Vittorio en su deliquio, ni aun fijara
En ellos la atención, si los reflejos
Que una luz arrancara a los fusiles,
De temor é inquietud no le llenara
Y de ansia de correr. Mas no era tiempo
De pasar sin ser visto: ni escapara
De seguro corriendo.

—¡A ver, amigo!
Dijo un hombre del grupo, que á Vittorio
Con viveza luego:

—¡La papeleta!
Casi sin comprender:
—¡Soy italiano!...

El joven costotó,
—¡Pero le digo
Que muestre de una vez la papeleta!
Con el apuro bolsiqueaba en vano
Asustado Vittorio y le decía
Que pronto lo iba á ver: que él probaría
Como lo dijo ya, que era italiano.
—¡Qué italiano, ni qué!... ¡Gringo trompeta!
Con torpeza gritó y echóle mano,
El Cabo, al chaquetón:

—¡Su papeleta
O marche de una vez!
No desconfiaba
Vittorio, aún, que en las desiertas calles
De la ciudad, corriera peligro.
En casa del patrón ya le dijeron
Que si algún mal encuentro le llegaba
A ocurrir, presentase la libreta
Que en la oficina Consular le dieron
Y que él consigo sin cesar llevaba.
Al fin, ya más calmado, en sus bolsillos
Dió con lo que buscaba.

Lo rodearon
Los hombres del rondín. Sacó, Vittorio,
Dos sobres con dos cartas: un librito
Y el riego de papel, que desdoblaron
Debajo de un farol los soldados, que
Cual si chancearan.

—¡El papel es viejo
Y aquí no hay luz pa comprender lo escrito!
Dijo un pardo, frunciendo el entrecejo,
Descubriendo sus malas intenciones
En la mirada de través.

—¡Canejo!
¡Si usted no sabe leer, Cabo Rejones
(Gruñó el Sargento con su voz cascada)
Como qué que haya luz? Y con zarpada
De un aguará bien propia, el documento
De pronto arrebató.

—¡Ay! Hermanito...
¡Se me rompió el papel! (dijo content)
Haciendo mil pedacitos de Vittorio
La papeleta, que arrojó al momento
Y pisoteó entre el barro)

Dando un grito
De indignación, echóse casi loco
Vittorio contra el bárbaro, y vengara
De seguro la afrenta y salvajismo
Del soldadote audaz, si cuatro brazos
Sobre él, veloces, juntos no cayeran
Y sus pobres espaldas no sintieran
El ardor de tandentes cintarazos.

•
•
•
Cuatro cuadras de allí, para escarmiento,
Ya estaba á su pesar el inmigrante
(Tal, al menos, juráballo el sargento)
Del latón nacional con el ungüento

Sobadito y curtido como un guante.
Ocho ó diez veces más volvió la escena
Con poca variación á repetirse
Durante aquella marcha escandalosa,
Qué la noche, indignada, parecía
Cubrir per el derecho y la hidalgüta
Con su estrellada, capa misteriosa,
Si preguntaba, y con razón, Vittorio:
—¿Por qué rompió el papel?

—¡No rompió nada
Calláte, carcamán; porque es al fudo...
Contestaba el sayón de la mirada
De asesino.—¿Sabés? Aquí no hay consül:
Ni manja aquí mas naides que el Sargento
Que te ha planchao... Y ya sabés, si acaso,
Que esta lata mohosa, es el ungüento
Que te viá untar pa que marqués el paso.
Un tan rajante y bárbaro argumento
Iizo helar á Vittorio. Hombre ninguno
Jamás le castigo. Mordióse el labio
Hasta sacarse sangre, y el agravio
De la inicua expresión, mas lastimóle
Que lo hicieran los vivos cintarazos
Que con el sable aquel sayón pególe.
El Sargento, riendo como á haclazos,
La ronca al escuchar de su segundo
De este modo exclamó:—Cabo Rejones,
Mejor ha hablao que Don Adolfo Alsina!
Si toda esta cascarria se imagina
Que aquí se van á estar de señorones
Mientras nos vamos á cuestrar por ellos...

Mira... ¡arrnoslo! Camina callado,
Y dá gracias á Dios no te dequile
Pa que vas á quejarte al Consulado!
—Callése, (dijo hablando en el oído
Del inmigrante, un alto compatriota
Que iba también marchando hacia adelante
De aquel grupo soez) no se exapere...
Más bien hay que tomarlo á la chacota:
¿Como pelear con lo imposible quiere?
¡Es que aquello era atrozi! ¡Pobre Vittorio!
¡Bañó á haecer matar, cuando su vida
Se hallaba de ilusión y encantos llena.
¿Y matarle, porqué? ¡No era extranjero?
¿Qué le importaba la contienda ajena?
¿Cómo el cielo, al mirar tal injusticia,
No mandaba sus rayos á la tierra?
¿Cómo Nación tan noble, cómo encierra,
Tal ejemplo de infamia y de sevicia?
En tan gran pesadumbre, toda el alma
Del buen Vittorio se llenó de pena
Y derrumbóse, casi, su ventura
Con cruel desgarramiento... Allí en la calma
De la desierta calle misteriosa,
Entre un hondo manchón de sombra obscura
Se levantó una voz:

—¡Alto! ¿Quién vive?
—¡Buenos Aires! repuso el gran Sargento
Que maltrató á Vittorio.

—¡Avance el Jefe!
La sombra contestó, con un acento
Diótú aún... Dos voces se escucharon:
Luego, confusamente, en la tiniebla
La marcha se siguió... Los que avanzaron
Pudieron percibir en media calle
Dos carretas de bueyes, que, volcadas,
Estaban de trincheras preparadas;
Y un pelotón de gente con fusiles
Tras ellas agrupado. En un momento
En el cuartel, el grupo en movimiento
Ya entonces se encontró.

Todos pasaron
(Cuando dieron razón á otro: ¡Quién vive!)
Por la franqueada puerta, y se encontraron
De un corralón en la desierta cancha
Que entre un silencio de temor cruzaron...
Precedidos de un tropa, la puerta ancha
Del inmenso galpón abrir hicieron;
Y á la luz de un fogón, en torno vieron
Varios cientos de hombres que dormían
Entre el polvo tirados. Sus fusiles
Apoyados al muro se veían;
Y en el alero un grupo silencioso
Como de gentes á morir dispuestas,
Tomaba mate...

Entonces:
—¡Cabo cuartel
¡Recíbame esos hombres! Dijo á gritos
Un seco Capitán

Y al poco rato
Entre otros, que dormían cual benditos,
Arrumbado, Vittorio, allí en el suelo
Sobre un mandil de pestilente lona,
Encomendaba su alma y su persona
A toditos los ángeles del cielo...

CHE, Periquín! te juego carosos; gritó Ricardo.
 Bueno; contestó el otro. Atravesemos la plaza.
 Llegaron a la plaza corriendo, y pronto encontraron un sitio para su juego.
 Cuando iban a sacar los carosos de sus bolsillos, Periquín se detuvo, y señalando a una nodriza que llevaba en brazos a un lejosisimo bebé, dijo:
 —Mira Ricardo, esa del chico cargao es la madre de Pepe.
 —Cierto. ¿Está de niñera?
 —No, hombre! es ama; niñera es la otra que lleva el chico de la mano. ¿No sabes que a las amas las visten así?
 —¿Y pa que las visten así?

—Pavadas de las ricas, aunque mas pavas son ellas que pa hacerles el gusto se ponen esos panes de Navida en la cabeza. Y riendo de buena gana, Periquín y Ricardo hacen rodar por el suelo los primeros carosos, en tanto que la nodriza y la niñera toman asiento en un banco cercano.

Ricardo es un gran jugador, pero el diablillo de Periquín no se entoga por completo al juego y le gusta, de cuando en cuando, observar a su alrededor. Así, al poco tiempo, exclama: Mira, Ricardo! Vicente el tendero charlando con la niñera... y parecen muy amigos... Y de curioso, por querer analizar la clase de amistad que existe entre el dependiente de tienda y la niñera, Ricardo le gana todas las jugadas hasta dejarlo con los bolsillos vacíos. Pero esto no preocupa a Periquín porque acaba de hacer un descubrimiento:
 —Mira al chico sentado en el suelo y comiendo tierra como si fuera azúcar, mientras la niñera atila con el otro.

—Y eso es malo ché; el doctor le dijo á mama que tenga mucho cuidado con mi hezmito porque tiene esa costumbre... Decime Periquín, ¿porque las ricas no van á pasiar con sus chicos como las pobres?

—Tas fresco, que se van á tomar ese trabajo!
 —Pa lo que tienen que hacer, ché...



—Les gusta farriar solas; la madre de esos chicos tará en Palermo con amigas.

—Así es lindo... no tiene que afijirse porque el hijo se atore con tierra...

Vamos á gritarle algo á la niñera, dice Periquín con la cara mas audaz del mundo, y resuelto como siempre, no tarda en poner en práctica su idea.

—Eh! guena moza! ¿tá ciega? ¿No ve que se indigesta el chico é la patrona?

Y Ricardo, imitando á su amigo:

—Fijese si no la cavao hasta la agua!

La niñera á quien no producen buen efecto las bromas de nuestros pillucos, se dirige hacia el niño, lo pone en pié bruscamente, le dá un zamarrón por zonzo según le dice, y le limpia las manos con un pañuelo. A ese tiempo el reloj de una iglesia vecina le anuncia que se ha pasado la hora ordenada para el regreso; esto lo nota también la nodriza, que se levanta sobresaltada. Se despiden del amigo Vicente, y se alejan con suma rapidéz.

—Buena moza!—grita Periquín á la niñera—vea que lleva el chico á la rastral carguelo; mire que no puede caminar tan ligero; lo va á golpiar!... ¡No te dije! ¡Ahí lo dió contra un árbol! Y á esos les llaman niños cuidaos...

JUANITA FIERRO.

VIDALITAS

Sola en el misterio
Vidalita
 Llorando estás mi alma,
 Sin que alcance, triste,
Vidalita
 A enjugar tus lágrimas.

Como yo sonrís
Vidalita
 En la suerte amarga,
 Llenan nuestras vidas
Vidalita
 Lágrimas calladas.

El amor es dicha
Vidalita
 Dice Primavera,
 Y para nosotros
Vidalita
 Amor es la pena.

Guardo mis suspiros
Vidalita
 Tú también los guardas.
 Y nace el poema
Vidalita
 Beso sin palabras.

Sin mirarnos, cielo,
Vidalita
 Siempre nos miramos,
 Y hemos de querernos
Vidalita
 Aunque no queramos.

En nuestra existencia
Vidalita
 Hay sombras muy negras,
 Por eso es que unidas
Vidalita
 Estan nuestras penas.

CAMILO DE COUSANDI.E.

No Mamerto en el clú

No Mamerto charla con su amigo el buen pueblerero Marraco. Y ansina s'espresa:

Has de saber hermano, que la reunión estaba concurrida, tanto que casi resultaba chico el galpón paquete and'iba á hablar el candidato. Granudos y de la majada, de toda clase e gente habia. Y claro'stá que en cuanto lo orador empezó hablar, se quedaron como en misa.

Guenas cosas dijo el hombre; garroti de lo lindo á los que dende tantos años estan entronaos en el poder viviendo á costillas de todos, sin dejar siquiera una garroneadita pa los chiquitos que tienen ganas.

Y acionaba y á veces gritaba fuerte como pa que lo oyera desde la calle algún mandón, si por casualidá pasaba. Y el bryantato que tenia en la corbata, parecia un estreyón, tan lindo lucía, como si estuviera diciendo por el dueño: «No hablo de oscuro, sino por guena intención, que por luz la luz me sobra.»

Y á cada rato las aclamaciones y las palmeteadas parecian qu'iban á voltiar la casa. Tan fuerte, hermano, que dos o tres veces miré pa'rriba creyendo que el techo se me venia ensima. Y así muchas veces como si los aplausos fueran eco e los dichos del candidato.

Cuando cerró el pico, aquello jué mas que alboroto. En deveras hermano, alboroto, tan grande, que no le hayo comparancia. Un ratito pensé qu'iban á matar al pobre hombre en fuerza de agasajos.

Al fin lo dejaron resollar, y así se quedó el candidato parao, con la cara como tomate y sudando que parecia recién salido de un baño caliente. Se raiba, borracho de puro contento, y daba gracias pa todos lados y con tanta efusión que alguna vez inquivocandose, saludó á la paré.

De pronto, como perdis que alza güelo, lanzó un chiyido al tiempo que se tiantaba la corbata.—¡Mi bryante! dijo y quedó mudo. ¡Se lo habian robaol! Y que querés, hermano, pami, que eso jué en el primer abrazo no más...

PABELLÓN 1.º, celda núm. 35. Cárcel de *Sierra Chica*. Raro é interesante tipo es el que habita en este calabozo. Sobre su azarosa vida corre una historia extraña en la que su personalidad se destaca con rasgos propios, enérgicos y valientes y envuelta en una bruma de novela y de poesía digna de los tiempos clásicos.

Es un ejemplar curioso, quizá único de esa raza que se ha ido. Es el prototipo del trovador del desierto; el último Santos Vega de la pampa argentina.

Con la guitarra terciada airosamente á la espalda, el puñal ó daga de cabo de plata como compañero inseparable, el chiripá obscuro cayendo en amplios y serenos pliegues sobre la bota primitiva, jinete en el brioso bruto, se apareció á mi vista como una evocación cruzando la inmensidad de nuestras llanuras.

Amante y pendenciero, ha cantado sus amores y ha peleado por su *prenda*. En el rancho legendario de juncos y *adobe* cuando ha templado su sonoro instrumento lanzando al aire sus cantos, ecos de sus tristezas, ha conmovido corazones que han latido, después, al unísono del suyo.

Así ha sido ese poeta inculto de una raza muerta, el bardo aventurero cuya visión dolorosa se aparecía á mi vista evocada por la imaginación.

Hoy las sombras han invadido el cerebro del trovador. El hijo de la libertad, el cantor salvaje que en la bordona y en la prima de su guitarra armoniosa ha cantado las luchas épicas, los amores y los crímenes, en el horror del encierro ha caído para siempre rodeado por las tinieblas morales. La locura, mansa é inofensiva, se ha apoderado de aquel carácter bravo y soberbio en otro tiempo.

En sus primeros años de prisión aprendió á leer y se dedicó al estudio con una contracción y un anhelo de saber que llamó la atención del personal de la cárcel.

Después escribió versos, muchos versos, llevando varios cuadernos que él mismo ha roto más tarde.

Sin embargo, me mostró algunas páginas pertenecientes á dichos cuadernos, únicas que conserva y las que lee en voz alta cuando se le pide. Esta lectura parece que le causara dolor indefinible.

No llora ni se lamenta, pero su espíritu, como si vislumbrara alguna claridad en esos

momentos, parece absorbido en absoluto por tristes y sombrías ideas.

Muchas de las líneas que me leyó y después pude leer yo mismo, parecen escritas en el último período de su vida, por el desorden y confusión que reina en los pensamientos expresados.

Sin embargo, entre muchos disparates de los que allí pueden verse, están escritas las siguientes líneas, que copié en mi cartera, guardándolas como una reliquia:

VERSOS PARA RELACIÓN

Decí si te alimentás
Con lenguas de ruiseñores:
¡Tan linda es tu voz, chinita!
Cuando cantás tus amores!

Y terminada esta tarea sali de la celda número



ro 35 sin querer averiguar nada más de aquel ser sumido hoy en la inconsciencia, que tal vez albergó un alma selecta que en otro medio pudo desenvolverse irradiando luces de aurora.

MARCO NEREO.

Baquiianos y curanderos. — Los remedios. — Las promesas. — Los pelechaos. — Tata-dioses y diablos.

El país anda pior que mancarrón ciego. Güelta pa cá, güelta pa yá, rueda, se alza, costala y á juerza é cáidas acabará por tumbarse en cualquier charco. Y allí, juguete de sabandija, devorao en vida, se djuntiará poco a poco. Los baquiianos antes que en buscar rumbo se entretienen en cimarroniar y churrasquiar. Y si algo merma es la hacienda del país. Y, ni mala yerba que fueran brotan los curanderos y aquí y ayá, ni perlices en trigal,—se levantan con mas remedios que tienen cien boticas.

—Larguemen el país, grít'uno. Lo deajo como nuevo.

—Tás fresco, contet'otro. Una injunción de proyetos mios, es l'único que puede salvarlo. Vos lo vas á implorar, hermanito...

—¿Que no hay crédito en Uropa? yo lo abro, grita un tercero.

—Pa vos, si, chiya un rival. Naide sino yo es capaz de encontrar el güen camino.

—Yo solo soy el puro, yo solo y mis amigos, vocifera otro. Semos un monton de güenos, que no queremos subir sino pa bien de los otros y sacrificio nuestro.

Peró otro, afanao, le retruca:

—Ahí va dinero, montones de dinero pa los que voten por mí. Doy plata, pago por servir la patria. Naide es mejor tata qu'el que larza cobres pal pueblo. A votar, muchachos. Compró el bien del país.

Toavía hay muchos mas que chiyán. Entre estos:

—Santos, puros, imaculaos, coscientes, voten por mi que soy l'único santo, puro, imaculao; por mi que no pago los votos.

Y yo, pobre gauchó rústico, abro la boca, y si no relincho, de puro maraviyao, es porque toavía no me e güelto bagual.

¡Cuantas güenas intenciones! ¡Cuantos dótores pa'al país!

Y este siempre tan brutazo, qu'en toavía le handa mesquinando el cuerpo á tantos remedidores. ¡Toavía juera yo, que d'inoranton lo hiciese, pero el país con su monton de láidos y escribidos! Porque yo no puedo entrar en el fondo de las cosas, de modo que apenas si alcanzo á rosar la punta é los pelitos. De ahí que diga, siguro inquivocándome fiero: ¡Tanto remedio y remedidores, ni dende años cada vez pior!

En otros tiempos gritaban mas ó menos lo mesmo, aunque con menos fruletes. Y lo imploraban. Y lo imploraban pior cuanto con mas chafalonía de dótores se largaban. ¡Que sabe el carancho de las necesidades del mataco!

—¡Remedio, remedio! gritaban por los cuatro costaos.

Parecía una esquita ande se rebanaba un cacho é cuero á cada golpe de tijera. Y mesmo. Quedaba el país pior que oveja esquilada por gringo recién llegado.

Este pobre gauchó, inoranton é infeliz como sus paisanos, iba á votar aquí, iba ayá, arriao, á güenas ó malas, por los baquiianos de los remedios.

Y claro. Tuito lo remediabán, menos al país. ¡Mi máma! Si era cosa de abrir la boca mas grande que jagüel, de puro pismo, ¡que pelechadas! ¡que peyas! ¡Nunca vide mas píjos resusitaos! Me da un poco é vergüenza, decirlo, pero dabo ganas de seguirles la güeya. ¡Peró que! La bota é potro no es pa todos. Y el que sabe trabajar con las manos, no sabe trabajar con la plata el país.

Y ansina este cada vez pior, entecándose, ni mas ni menos que vaca con cría en tiempo é seca ó de inundación. Y mientras mas cáida y aporriada la patria, los baquiianos mas alzaos y peludos.

¿Qué eran, pues, los remedidores y qué remedio y remediaos?

Caiba a mi rancho un rejuntador de votos. —Ché gauchito, tenés que venirte á votar con nosotros. Ya sabés, que al fúdo no se nos da la mano... Podés contar con la protección de las autoridades pa cualquier cosa.

Y por ahí seguía descolgándose. Poco faltaba pa que me dijese que yo iba á ser el patrón del país.

—Güeno. Y daba el voto. Y su madrina! no llegaba á patrón, ni tan siquiera de mi mesmo. Pion y pion, á tavos contaos y de sol á sol, siempre al igual que los días.

—¡Malaya! ¿Y cuando mejoraremos? Cuando mejore el país. ¿Y cuando va á mejorar el país? Cuando subamos nosotros.

Y subían. Y de pior en pior, como si todos los males le cayesen juntos á esta pobre tierra.

¿Y el país? Tuitos se hacían lenguas. Mal, muy mal, pior. Dende que abrí los ojos á la luz escuchaba lo mesmo.

Esperando toavía, votaba. Daba votos por un doctor del pueblo, el primer hombre del país, el salvador del país, el único decente del país, en fin, un Tata-Dios que haría llover cuando quisieramos y nos enyenaría el tirador en cuanto abriésemos la boca.

Al poco tiempo y asigún l'iba al rejuntador de votos el único hombre decente del país, seguía siendo Tata-Dios—olvidadizo de la escalera cuando, y pasmense los inocentes, no acababa por convertirse en el diablo mesmo con tuitos sus cuernos y fechurias.

¡Cruz diablo eleciones! dije entonces y me llamé á perdiz.

De todos modos sin mi voto lo mesmo se á elejido gobierno. Aura una sola cosa me falta vichar. Y es saber si el país, enfermo, es el que pelecha, sanando, ó si los curanderos sobre su salud pelechan...

CAMILUCHO TRUFARIAS.



—Decididamente, el que creó nuestra industria no se había caído de un nido. Aquí tienen Vds. un hombre que oficia en latín todos los días, no entendiéndi ni una palabra de lo que dice, ni sabe como lo dice, y todo el mundo se prosterna, emocionado, á sus piés. Tienen razón de decir: el poder de la palabra es grandel...

MARTIN FIERRO

SEMANARIO ILUSTRADO DE CRÍTICA Y ARTE

Redacción y Administración: Lima 487 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre.....	\$ 1.20	Trimestre.....	\$ 1.80
Año.....	" 4.80	Semestre.....	" 3.50
Exterior: \$ 4.— oro al año		Año.....	" 6.—

Número suieto: 10 centavos -- Provincias: 15

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli
MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

AGENCIA "LA SIN BOMBO"

REYES Y LANDIVAR

PARANÁ, 742 — BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
E INSTRUCCIONES

GUITARRAS — MANDOLINES — CÍTRAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

Casa TONINI FLORIDA 470



Bazar de la Favorita

Exposición permanente de menajes para instalaciones de casas y casamientos. Por 60 pesos se remite un menaje compuesto de un juego de mesa, loza inglesa decorada, un juego de cubiertos metal blanco, un juego de copas grabado, un juego de lavatorio, una lámpara comedor, una batería de cocina enzoada, total: 171 piezas por solo 60 pesos lo que vale 100.—Menajes grandes de 285 piezas por 160 pesos.—Menajes de lujo, de 340 piezas, por 195 pesos.—Casa especial en artículos de fantasía para regalos con estuche y sin estuche.—Precio fijo sin competencia.—Juegos de mesa, loza inglesa, decorada, desde 18.50.

FRANCISCO LIEZ

675 - PER. - 677

18

TALLER DE FOTOGRAFADO

— DE —

JORGE WEISS

Clichés para obras, avisos, catálogos, revistas, marcas, etc. Grabados en zinc y cobre.—Fotolitografía.—Cromoautotipia.

S. del Estero 264 -- Buenos Aires

U. Telefónica 246, (Liberlad)

19

CLISÉS EN VENTA

En la administración de MARTIN FIERRO, (Lima 487), pueden adquirirse, á precios convencionales, los clisés de todos los dibujos y fotografías publicados en esta revista.

AGENCIA

— DE —

“MARTIN FIERRO”

EN EL ROSARIO

Calle RIOJA núm. 1008

TELÉFONO núm. 1117

Se reciben

Subscripciones y Avisos

★ CIGARRILLOS ★

FEDERACIÓN

SON LOS MEJORES

Á 10 CENTAVOS